

"EL PUEBLO" en la TEOLOGIA

En el mes de agosto se realizó en Córdoba un seminario de espiritualidad para Comunidades Religiosas Insertas en Medios Populares (CRIMPO). Vino para animarlo CAMILO MACCISE, teólogo de la Conferencia Latinoamericana de Religiosos (CLAR), mexicano de unos 50 años de edad y miembro de la orden de los Carmelitas Descalzos. TIEMPO LATINOAMERICANO estuvo allí y esto fue lo que conversamos con Camilo.

TL: ¿Qué nos podrías decir acerca de la confrontación entre Teología de Liberación y Teología de la Cultura?

C.: Ante todo cuando comenzó la Teología de la Liberación, o la temática de la Liberación, hay que recordar que comenzaron desde el principio varias tendencias dentro de esta respuesta cristiana al problema opresión - liberación. Comenzó una corriente que siguió un poco la línea tradicional de la teología, que partía de grandes principios: qué cosa es la liberación en la Biblia, que nos dice la Biblia sobre la liberación, y de ahí bajaba para llegar a ciertas conclusiones, no cambiaba prácticamente el método.

Después apareció una teología de la Liberación que partía de un análisis de la realidad, que usaba algunos elementos del análisis marxista, nunca lo usó en bloque, ni mucho menos la filosofía, sino simplemente algunos elementos que venían a dar una idea del por qué de la situación y en el fondo aceptó con ciertos matices, que el cambio de los tiempos han introducido, la teoría de la dependencia como un punto capital de la opresión que estamos viviendo y de ahí pasó a hablar de la liberación. Y pasó a hablar de la liberación, no partiendo de principios, sino del esfuerzo de una praxis iluminada por la fe que después conducía nuevamente a la praxis.

También apareció la Teología de la Cultura, el enfoque es más bien propio de la Argentina, que insistía mucho en todas las virtualidades liberadoras de la cultura popular y la religiosidad popular.

La diferencia que yo veo entre la Teología de la Cultura y la Teología de

de la Liberación, en este sentido que explicaba hace un momento, es que la Teología de la Cultura como que cierra los ojos a la realidad conflictiva, como que no va al fondo para analizar las causas históricas. Me da la impresión de que se detiene en un tipo de cultura, que incluso no refleja la cultura completa de Argentina como país, más bien como la cultura del Gran Buenos Aires, ese tipo de cultura, es en el que basa su reflexión, y no tiene en cuenta que la cultura es múltiple. Hay el mundo indígena, el mundo afro-americano en América Latina, el mundo criollo, el mundo hispano, el mundo que emigró. Entonces yo creo que esa falta de distinción entre culturas opresoras y culturas oprimidas, la falta de análisis a fondo de toda la conflictividad y sobre todo el no preocuparse a fondo de buscar las causas de estas situaciones de opresión y de dependencia son los que distancian la Teología de la Liberación de la Teología de la Cultura.

Por otro lado la Teología de la Cultura nos da un aporte, nos hace ver la cultura, como un modo de relacionarse con Dios, con los demás, y con el mundo, es en sí un valor y tiene virtualidades que pueden contribuir en un proceso de liberación a una liberación del pueblo. Pero mientras se detenga sólo en ese tipo de análisis, un poco al margen realmente de la problemática y la conflictividad real, me parece que poco puede incidir en la transformación de la sociedad, tengo esa impresión.

TL: ¿Cómo definirías vos el pueblo?

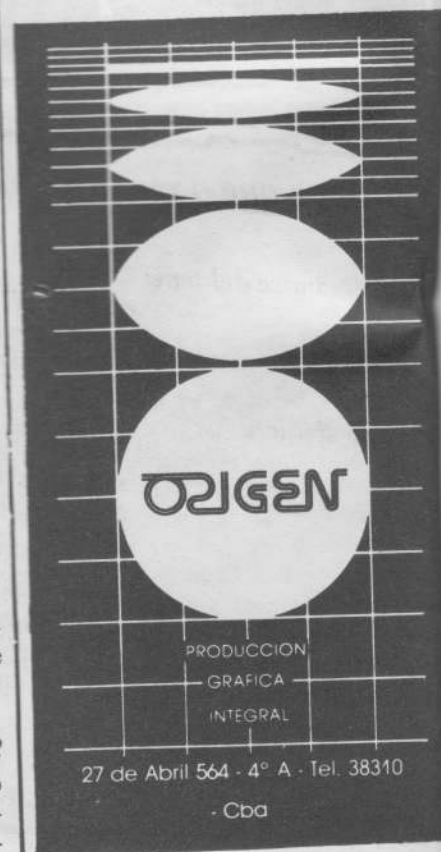
C.: El problema que se pone cuando se trata de definir la palabra "pueblo", es el problema de ciertas connota-

ciones ideológicas que puede tener. Entonces para nosotros "pueblo", desde la Teología de la Liberación, indica sobre todo las clases oprimidas. No queremos de ninguna manera identificarlas sólo con el proletariado, es uno de los equívocos que ha habido siempre. En América Latina el pueblo no puede ser el proletariado, porque es el mundo campesino sobre todo el que está más oprimido. Entonces muchas veces se ha atacado la Teología de la Liberación diciendo que usa la categoría "pueblo" como sinónimo del proletariado de Marx, con todo lo que implica la lucha de clases.

En América Latina nosotros entendemos por "pueblo" a los pobres, a los oprimidos, que prioritariamente es el campesinado, es el indígena, es el afro-americano, que vive situaciones inhumanas, subempleados, desempleados y también el proletariado. Entonces no puede coincidir exactamente el término "pueblo" con el término "proletariado", es uno de los malentendidos que a veces se ha tenido.

TL: La clase media y los sectores independientes dentro de la sociedad, ¿de qué manera se integrarían a ese pueblo?

C.: Se integraría de dos maneras: en





primer lugar cuando participe con ese pueblo en la transformación de las estructuras, entonces se hace pueblo. Hay un libro de Leonardo (Boff) que ha salido hace poco que se llama "Y la Iglesia se hizo pueblo". Entonces la Iglesia se hace pueblo en cuanto que se acerca y se solidariza. Entonces yo pienso que la solidaridad transforma a todos en Pueblo. Y luego también de una segunda manera se hace pueblo, cuando toma conciencia de sus valores culturales, de los valores culturales del pueblo y en los cuales tiene una gran coincidencia también, como parte de esa nación. Yo vería por esos dos caminos. O sea todos podemos hacernos pueblo en la medida que nos solidarizamos ¿Por qué? Porque tenemos que darnos cuenta, desde el punto de vista cristiano, que el hecho de que haya países donde un 30, un 40, un 60, un 70 por ciento de la población vive en situaciones inhumanas, no puede dejar tranquila la conciencia cristiana.

Entonces quienes somos de otra extracción social, o de otra formación social, necesitamos tener un cambio del lugar social, y necesitamos "desde" los pobres y en solidaridad con ellos buscar una transformación de la sociedad que vaya en la línea del Reino. Esa es la manera de hacerse Pueblo.

TL: ¿Qué lectura hacés vos de las actuales democracias en América Latina?

C: Ante todo yo pienso que para entender, un poco, el problema de las democracias en América Latina, habría que remontarnos a la independencia, desde las independencias de nuestros países, que casi inmediatamente fueron unas independencias controladas.

Yo pienso que en el momento actual el gran problema, que están enfrentando las democracias latinoamericanas, es el problema de la deuda externa. Es decir, el problema de una deuda tan grande, tan gigantesca, tan impagable, está condicionando totalmente la existencia misma de las democracias. Pensar por ejemplo que son un millón de millones, un billón, treinta y cinco mil millones lo que es la deuda de los países del tercer mundo; y que en América Latina tenemos más de cuatrocientos mil millones de deuda, con todo lo que significa la dependencia, lo que significa de falta de libertad para decisiones propias de los países. Yo pienso que el problema de las democracias, en el fondo, en este momento, es el problema de la deuda externa: porque, por una parte, esa deuda no es posible pagarla, por lo inmenso de la deuda, por lo elevado de los intereses, por el hecho de que los productos que nosotros vendemos cuestan cada vez menos por las barreras que ponen para la importación de productos de América Latina en los países desarrollados. Entonces, realmente en algunos países, el 80 y el 90 por ciento de lo que se produce se paga en servicios de la deuda, o de plano se llega o se tiene que llegar a una moratoria o a otro tipo de pagocómo el de Perú, un 10 por ciento de lo que entra en exportaciones, o a pagar con trueques, o con productos. Pero mientras los países del primer mundo no cedan en toda esa ambición extremada de querer tener absolutamente todo, están condicionando realmente la existencia de las democracias en América Latina. Porque un gobierno tiene que someterse a todas las medidas que le impone el Fondo Monetario Internacional, un

gobierno, si quiere seguir recibiendo ayudas, tiene que cumplir con ciertos pagos y tiene que endeudarse para hacer esos pagos. Entonces eso es un campo propicio para golpes militares, para represiones, o simplemente para que el gobierno actúe con una fechoría de democracia, pero que en el fondo es un control del pueblo igual que en una dictadura.

TL: Vos que sos un consagrado, sacerdote y carmelita, ¿qué lugar debe ocupar la Vida Religiosa en esta situación?

C.: Los religiosos debemos, ante todo, volver a las fuentes. Cuando volvemos a las fuentes de nuestra vida religiosa, que es uno de los grandes dones del concilio, el Concilio Vaticano II, que nos dijo que deberíamos volver a las fuentes de nuestros fundadores y nos invitó a participar de los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, especialmente de los más pobres. Eso nos hizo redescubrir la misión profética de la vida religiosa. Yo creo que el religioso, por el hecho de su consagración radicaliza el profetismo. Y como ya decía Pablo VI, debe ocupar los puestos de vanguardia evangelizadora. Los religiosos que queremos seguir a Cristo de una manera particular, dentro de las muchas maneras que se puede seguir a Cristo dentro de la Iglesia, necesitamos preguntarnos cuáles fueron las opciones de Cristo. Y descubrimos en el Evangelio al Jesús que ama a todos, evangeliza a todos pero "desde los pobres". De hecho Puebla cuando habla de la opción por los pobres, dice que fue la opción que hizo Cristo y que es la opción que tiene que hacer la Iglesia. Dice que es signo de autenticidad evangélica.

Los religiosos debemos insertarnos en este movimiento a través de los caminos nuevos de evangelización, pero "desde los pobres" y en solidaridad con ellos. Esta es la misión y el gran desafío que tiene la vida religiosa hoy. De hecho Puebla, hablando de las tendencias de la vida religiosa hoy en América Latina, que son las tendencias del presente y del futuro decía que la más notable es la opción preferencial por los pobres y que es la que está marcando un éxodo cada vez mayor, geográfico y de lugar social, y que lleva cada vez a una inserción más profunda en los medios populares.

Fernando Esteban